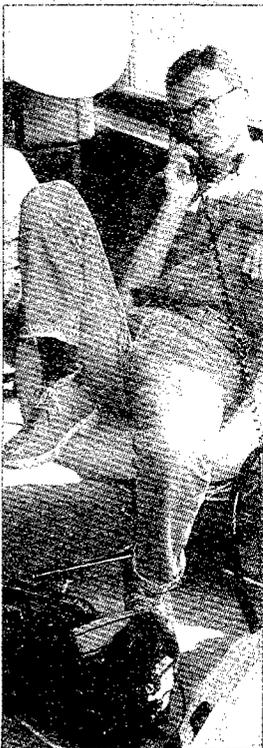


MENOS LOBOS, CAZADOR BLANCO



EN realidad Hemingway me importa un carajo, y además eso de los juicios literarios inapelables suelo dejárselo a mandarines de las bellas letras, capullos notorios o bobenzuelos jerezanos de los que abundan en el oficio, sin nada que decir pero escribiendo a destajo sobre cómo habrían escrito ellos lo que escriben otros. Además a don Ernesto hace veinte años que no lo leo; así que ahora hablo –o escribo– de memoria. Pero ya que piden mi opinión amigos que tienen derecho a pedírmela, diré –siempre a título personal, pues en esto de la tecla no pretendí ser objetivo en mi vida– que con el paso de los años he ido aprendiendo a detestar minuciosamente a Hemingway. De jovencito me fascinaban sus fuegos artificiales, su virilidad de caña y escopeta, su dinamitero Jordan peleando en Gredos por la república, sus melodramas itálicos y juveniles, sus americanos de mutilada entrepierna, sus cazadores agonizantes al pie del Kilimanjaro y hasta lo peor que escribió nunca, este «Tener y no tener» que sólo en el cine, con John Garfield –creo recordar– en versión rigurosa y Humphrey Bogart en versión libre, esta última con guión de Jules Furthman y William Faulkner, alcanzaría a merecer la pena.

Mi problema con las novelas de Hemingway es que, a fuerza de leerlas una y otra vez, terminé por verle de verdad la cara a quien las escribía, y eso raras veces da buen resultado en literatura. Incapaz ya de ver la hora en su reloj, y tropezándome a cada página las agujas, las esferas, los números y los mecanismos de su maquinaria, terminé quedándome más con el Hemingway de «Islas en el golfo», con ciertos reparos, y con el Hemingway reportero y escritor de trecho corto, buen pulso y diálogos secos como los héroes que se inventaba el fulano. Al final, para mi desgracia como lector –no hay peor drama que ver caerse libros amados de los estantes de tu biblioteca– el Hemingway novelista, y el Hemingway del relato corto, y el Hemingway audaz reportero, cazador, pescador y macho probado, terminó cargándome hasta la línea de flotación con la insustancialidad de su materia, con esos mundos que se montaba mi primo delante del espejo, de las mujeres y de los compadres; con su machismo cuartelero y con esa épica de andar por casa hecha de una afirmación constante de virilidad –«su» concepto de la virili-

dad– que raya en lo patológico. Además, para diálogos, por esa misma época conocí los de Dashiell Hammet, netos y precisos como golpes de bisturí; y descubrí también a Francis Scott Fitzgerald. Y cuando me aticé entre pecho y espalda «El gran Gatsby», «Suave es la noche» y ciertos cuentos y relatos, don Ernesto Hemingway se me fue a hacer puñetas en el acto. Era como zampar jamón de Parma existiendo el de pata negra. Y sin embargo, un libro de Hemingway, uno sólo –también eso basta para justificar la existencia de cualquier escritor– sigue en su sitio tantos años después, resistiéndose como gato panza arriba a caer de la parte noble de mi biblioteca. Se trata de «París era una fiesta»: libro bellissimo, extraordinario, que le hace pensar a uno que el abuelo se pegó el tiro justo cuando empezaba a merecer la pena.

En cuanto al Hemingway reportero de guerra y toda esa parafernalia, qué quieren que les diga. No es ningún secreto que durante mucho tiempo me ganó la vida haciendo ese mismo oficio, y poseo el dudoso honor de haber hecho más guerras que don Ernesto. Lo suficiente para saber cuando alguien se lo monta de camelo y de boquilla. Y en cuanto a su amor por España y toda la murga de los toros, y la muerte en la tarde, y Ordóñez y los sanfermines y el copón de Bullas, déjenme decirles un par de cosas. La primera es que Hemingway de toros no tenía ni puta idea. La segunda se refiere a su amor por la causa republicana española y toda la leyenda al respecto. Y como ya escribí una vez sobre eso, y sería absurdo repetir lo mismo con otras palabras, voy a citarme, con perdón –«Patente de corso», pág. 474–. A fin de cuentas, otros escritores lo hacen a menudo –me refiero a citarse a sí mismos, no a citarme a mí– y nadie objeta nada:

«Aquí, a la España en guerra, se asomó todo cristo a ver qué podía mojar en la salsa, a fumarse nuestro tabaco y a quemarnos los muebles. Comprendo que fuéramos un espectáculo apasionante: sangre, vino, mujeres guapas, guerra, romanticismo, intereses estratégicos, barbarie ancestral. Pero no me vengan con historias de hermandades solidarias. Yo he pasado veintiún años yendo a guerras que no eran mías, y sé de qué iba Hemingway. Por eso me cago en Hemingway y en la madre que lo parió».

Arturo PÉREZ-REVERTE